



Alegato contra el militarismo: Israel no puede ganar mediante la acción militar

Por: [Patrick Maza](#)

Globalización, 25 de diciembre 2023

<https://theraven.substack.com> 18

diciembre, 2023

Región: [Medio Oriente](#)

Tema: [Geopolítica](#), [Guerra](#), [Política](#)

Alrededor de la mitad de las viviendas de Gaza han sido dañadas o destruidas y 1,9 millones de personas, el 85% de la población, han sido desplazadas. Digámoslo sin rodeos: Israel no puede ganar a Hamás mediante la acción militar y sólo puede resolver la cuestión a través de un acuerdo político. La falacia de pensar que hay soluciones militares para lo que son esencialmente cuestiones políticas tiene un nombre.

Se llama militarismo. La maldición del militarismo nos acecha no sólo en Israel, sino en todo el mundo y bien podría acabar con la civilización, incluso erradicar la vida compleja en el Planeta Tierra.

Empecemos por la lógica de Gaza. En primer lugar, Israel ha infligido un nivel de daño en Gaza equivalente a algunos de los peores bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Dresde, Hamburgo, Hiroshima, Nagasaki. A estas alturas, bombas equivalentes al menos a dos explosiones de Hiroshima han arrasado gran parte de Gaza. Se calcula que 1,9 millones de personas, el 85% de la población de Gaza, han sido desplazadas, mientras que el 50% de las viviendas han quedado destruidas o dañadas, informa la BBC. Decenas de miles de personas han muerto. Hay más decenas de miles de heridos.

Sin embargo, Hamás sigue luchando e infligiendo daños considerables a las fuerzas israelíes. Utiliza los escombros como escudo y sale de sus túneles con uno de los grandes dispositivos de la guerra moderna, el lanzagranadas propulsado por cohetes, para derribar vehículos blindados. Israel se enfrenta a la realidad de la guerra de guerrillas, al igual que hizo Estados Unidos en Irak y Vietnam, y tanto Estados Unidos como la Unión Soviética en Afganistán. A fuerzas militares enormemente superiores les resulta casi imposible eliminar ejércitos guerrilleros que cuentan con una importante base de apoyo popular, como hace Hamás.

La lógica es que la única forma de eliminar a Hamás es eliminar a la población de Gaza, que según muchos observadores es exactamente lo que Israel está intentando. Aunque lo consiguiera, sería una victoria pírrica. Porque Israel nunca estará a salvo de ataques originados en las comunidades palestinas que se han dispersado a otros países. Eso coloca a Israel en un conflicto interminable con las naciones circundantes, incluyendo potencialmente algunas con las que ha mantenido la paz, como Jordania y Egipto. Mientras tanto, las muchas personas que han perdido familiares en la campaña israelí serán nuevos reclutas para Hamás. La violencia engendra violencia. El ciclo no tiene fin. Si Israel consiguiera desarticular esa organización, lo cual es improbable, otro grupo más extremista le sucedería.

Mientras tanto, la pérdida de apoyo a Israel en todo el mundo, que ya es un hecho evidente,

no haría sino intensificarse. Su camino hacia la normalización de relaciones con Arabia Saudí ya está cortado. Y el apoyo de las naciones occidentales, sobre todo Estados Unidos, que ha sido vital para la supervivencia de Israel, se erosionará hasta el punto de ruptura. El colapso del apoyo a Israel entre las generaciones más jóvenes, incluidos los jóvenes judíos, es visiblemente evidente en las calles de Estados Unidos y ya está teniendo implicaciones políticas para las elecciones de 2024. Y todo lo que Israel está haciendo en Gaza está acelerando ese colapso.

Es necesaria una intervención radical

Todo esto juega a favor de Hamás. Teniendo en cuenta las respuestas desproporcionadas a los ataques en el pasado, ¿cómo podía Hamás esperar menos? Parece evidente que la organización política y paramilitar preveía un ataque brutal que destriparía el apoyo político a Israel en la escena mundial. En su cálculo político, Hamás optó por sacrificar a su propio pueblo, considerándolo un martirio. Independientemente de lo que cada uno de nosotros piense al respecto, Hamás ya ha conseguido una victoria política estratégica, como indica la reciente votación de la ONU sobre el alto el fuego, con 153 votos a favor y 10 en contra. Los partidarios de Israel se limitaron a Estados Unidos, Austria, Chequia, Guatemala, Liberia, Micronesia, Nauru, Papúa Nueva Guinea y Paraguay. La votación del Consejo de Seguridad que precedió al alto el fuego fue aún más cruda, con 13 a favor y sólo Estados Unidos en contra, bloqueando la resolución con su poder de veto.

Cuando los gazatíes intentaron una protesta pacífica en la Gran Marcha del Retorno de 2018-19 hacia la línea de la valla, fueron asesinados y mutilados en masa por francotiradores israelíes. Lo que Hamás hizo el 7 de octubre –y sigue sin estar claro cuántos de los 800 civiles que murieron fueron asesinados por Hamás frente a cuántos mató el ejército de Israel en su respuesta al ataque– fue la acción desesperada de un pueblo desesperado. Cuando la gente se desespera, devuelve el golpe.

Está claro que no hay soluciones militares para este problema. El militarismo ha fracasado y ha colocado a Israel en una situación insostenible. La única respuesta es una solución política que proporcione justicia a los palestinos, ya sea una solución de dos Estados o la creación de un Estado unificado y laico con los mismos derechos para todos. Como han señalado observadores israelíes independientes como Gideon Levy, la actual política interna de Israel hace prácticamente imposible que surja una solución interna de este tipo. Israel, al igual que un pariente gravemente enfermo que se niega a abordar los problemas que amenazan su vida, requiere una intervención radical desde el exterior.

Y eso significa la intervención del principal valedor de Israel, Estados Unidos. Por lo tanto, no hay personas en el mundo que estén haciendo un trabajo más importante que los manifestantes en las calles de EE.UU. Y no hay participantes más importantes en esas protestas que los activistas judíos representados por organizaciones como Jewish Voice for Peace (Voz Judía por la Paz) y Not In Our Name (No en Nuestro Nombre), lo que subraya que gran parte de la comunidad judía más grande del mundo fuera de Israel ya no puede apoyar las acciones de esa nación.

La futilidad del militarismo

En un sentido más amplio, Gaza pone de relieve la inutilidad de intentar resolver los problemas con la fuerza militar. Los costes son inaceptablemente altos. En la otra gran guerra que se está librando en el mundo, en Ucrania, quienquiera que salga vencedor de

ese conflicto aparentemente interminable lo hará a costa de cientos de miles de muertos, otros cientos de miles de mutilados física y psicológicamente de por vida, y muchas ciudades y pueblos destruidos.

El mayor coste de todos, obviamente, sería el de la guerra nuclear que, aunque limitada, causaría una vasta destrucción y la dispersión de radiaciones que envenenan a las personas y la tierra durante generaciones. En su máxima extensión, la guerra nuclear provocaría la muerte inmediata de decenas o cientos de millones de personas, y la muerte por hambruna de miles de millones a lo largo de varios años, debido a la capa de humo que cubriría la Tierra y provocaría el invierno nuclear y el colapso en la producción de alimentos. Algunos incluso postulan que un intercambio nuclear total provocaría el colapso de la vida compleja en este planeta.

Sin embargo, algunas naciones aumentan sus arsenales nucleares aparentemente despreocupadas del peligro. Estados Unidos, Rusia y China están llevando a cabo una «modernización» nuclear, desplegando nuevos misiles, bombarderos y submarinos. En el conflicto inmediato, Israel cuenta con su propio arsenal de 80-200 armas nucleares aptas para ser lanzadas por misil, avión o submarino. Una amenaza potencial a la existencia de Israel provocaría casi con toda seguridad su uso. Seymour Hersh tituló su obra clásica sobre el arsenal nuclear israelí [La Opción de Sansón](#) porque, al igual que Sansón derribó el templo sobre su cabeza, Israel derribaría al menos su región. La primera bomba, informa Hersh, llevaba inscritas en hebreo e inglés las palabras «Nunca más».

Como he escrito antes, el mundo debería haber cambiado después del 16 de julio de 1945, el día de la primera explosión nuclear en Alamogordo, Nuevo México, cuando la humanidad se dio cuenta por primera vez de su capacidad para destruirse a sí misma. Ya estaba claro que la devastadora bomba de fisión hacía posible la apocalíptica bomba de fusión, muchas veces más destructiva. La bomba de hidrógeno, que nunca debería haberse desarrollado, se creó debido a una competencia de grandes potencias que debería haberse considerado obsoleta. Pero el presidente Harry Truman razonó que, dado que la Unión Soviética ya tenía la bomba de fisión, podría desarrollar la bomba H. Así que Estados Unidos tenía que construir la suya propia. Dio esa orden en 1950, desencadenando un proceso que vería explotar la primera bomba en 1952. Los soviéticos hicieron lo propio en 1953, y desde entonces el mundo ha vivido bajo el terror de la aniquilación mutua.

En opinión de muchos observadores expertos, entre ellos el difunto Daniel Ellsberg y Peter Kuznick, director del Instituto de Estudios Nucleares de la American University, las actuales tensiones entre Estados Unidos y Rusia han puesto al mundo en un peligro de conflicto nuclear al menos tan grande como el de la crisis de los misiles cubanos de 1962, y quizá mayor. Mientras tanto, las tensiones entre Estados Unidos y China plantean otra serie de amenazas. El coronel retirado del ejército Lawrence Wilkerson, que fue ayudante de Colin Powell cuando éste era Secretario de Estado, señala que ha participado en muchos juegos de guerra que implicaban un conflicto entre Estados Unidos y China por Taiwán. Todos terminan en un intercambio nuclear, afirma.

Mientras tanto, la pesadilla de ciencia ficción de las máquinas asesinas robóticas descritas en las películas de Terminator se está haciendo realidad. En Ucrania, ambos ejércitos están desplegando drones guiados por inteligencia artificial y programados con un software de reconocimiento de patrones que les permite identificar y apuntar a vehículos enemigos sin dirección humana. La era de las máquinas asesinas autónomas ya ha llegado. La humanidad parece decidida a crear la SkyNet de Terminator.

Para la humanidad, y quizá para gran parte de la vida en este planeta, el militarismo es literalmente un callejón sin salida.

La maquinaria bélica que absorbe dinero

Al mismo tiempo, el mundo gasta cada vez más dinero en ejércitos, succionando recursos que se necesitan desesperadamente para hacer frente a desafíos críticos como los trastornos climáticos, la pobreza y las enfermedades. El Instituto Internacional de Estocolmo para la Investigación de la Paz afirma que el gasto militar creció un 3,7% en 2022 hasta alcanzar la cifra récord de 2,24 billones de dólares. Entre 2013 y 2022 aumentó un 19%, creciendo cada año durante los últimos ocho. Es probable que se trate de una subestimación. Un nuevo estudio cifra el gasto militar real de Estados Unidos en 1,573 billones de dólares, el doble del presupuesto oficial del Pentágono. Sólo el coste de la «modernización» nuclear de Estados Unidos se estima en 1,5 billones de dólares en las próximas tres décadas. Dado que los costes de armamento tienden a dispararse, es probable que esa cifra aumente considerablemente.

El presidente de Estados Unidos Dwight Eisenhower, un hombre que conocía bien los métodos de la guerra como general al mando de las fuerzas aliadas en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, y que al dejar la presidencia nos advirtió del complejo industrial militar, declaró durante su mandato cuál era el coste del militarismo: «Cada arma que se fabrica, cada buque de guerra que se lanza, cada cohete que se dispara significa, en última instancia, un robo a los que tienen hambre y no son alimentados, a los que tienen frío y no son vestidos. Este mundo no sólo gasta dinero en armas. Está gastando el sudor de sus trabajadores, el genio de sus científicos, las esperanzas de sus hijos. Esto no es un modo de vida en ningún sentido verdadero. Bajo las nubes de la guerra, es la humanidad la que cuelga de una cruz de hierro».

La humanidad está siendo clavada a otra cruz, la de la alteración del clima, que ya está causando estragos en todo el planeta. McKinsey calculó en enero de 2022 que alcanzar la contaminación neta cero por calentamiento global en 2050 (e incluso esto es considerado por muchos un objetivo insuficiente) costará 275 billones de dólares en 30 años. Esto equivale a 9,2 billones de dólares anuales, o el 7,5% del PIB mundial. Además de los aproximadamente 2 billones de dólares anuales que se gastan ahora en activos de bajas emisiones, esto exigiría reorientar el gasto actual en activos intensivos en carbono y añadir 3,5 billones de dólares anuales en nuevos gastos. Es bastante obvio que gran parte de ese dinero debería proceder de la reducción de los gastos militares.

El militarismo es un ciclo que se alimenta a sí mismo, violencia que engendra violencia, venganza que engendra venganza. En una época en la que la humanidad está desarrollando herramientas cada vez más sofisticadas y eficaces para destruirnos a nosotros mismos, debemos encontrar la manera de romper este ciclo si queremos sobrevivir como especie. El militarismo no aportará ninguna solución en Gaza, sólo continuará el ciclo de violencia, como es la lógica evidente del caso. Y no sólo no aportará ninguna solución al mundo, sino que se interpone en el camino de las soluciones que necesitamos urgentemente. Es hora de poner fin a esta forma obsoleta de pensar y avanzar hacia un nuevo mundo pacífico, como debemos hacer para sobrevivir.

Patrick Maza

La fuente original de este artículo es <https://theraven.substack.com>
Derechos de autor © [Patrick Maza](https://theraven.substack.com), <https://theraven.substack.com>, 2023

[Comentario sobre artículos de Globalización en nuestra página de Facebook](#)
[Conviértase en miembro de Globalización](#)

Artículos de: **Patrick Maza**

Disclaimer: The contents of this article are of sole responsibility of the author(s). The Centre for Research on Globalization will not be responsible for any inaccurate or incorrect statement in this article. The Center of Research on Globalization grants permission to cross-post original Global Research articles on community internet sites as long as the text & title are not modified. The source and the author's copyright must be displayed. For publication of Global Research articles in print or other forms including commercial internet sites, contact: publications@globalresearch.ca

www.globalresearch.ca contains copyrighted material the use of which has not always been specifically authorized by the copyright owner. We are making such material available to our readers under the provisions of "fair use" in an effort to advance a better understanding of political, economic and social issues. The material on this site is distributed without profit to those who have expressed a prior interest in receiving it for research and educational purposes. If you wish to use copyrighted material for purposes other than "fair use" you must request permission from the copyright owner.

For media inquiries: publications@globalresearch.ca